

JOSÉ M. HIDALGO Y ESNAURRÍZAR. *Recuerdos de juventud. Memorias íntimas de don José Hidalgo, antiguo ministro de México en diversas cortes de Europa (1887)*. Edición crítica y estudio preliminar de Luz América Viveros Anaya. Traducciones y apoyo técnico de David Berea, Xrystw Marroquín y Monserrat Montes de Oca. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Seminario de Edición Crítica de Textos, 2019 (Resurrectio I. Edición Crítica, 3). XCIII-152 pp.

En este trabajo, la investigadora Luz América Viveros Anaya presenta la edición de la obra *Recuerdos de juventud. Memorias íntimas de don José Hidalgo, antiguo ministro de México en diversas cortes de Europa (1887)*, que forma parte de la colección Resurrectio del Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Hidalgo y Esnaurrizar es recordado por haber sido miembro de la comisión que ofreció el trono de México a Maximiliano de Habsburgo. Este hecho contribuyó a que su nombre fuera, sino completamente olvidado, sí relegado, como en el caso de otros ilustres personajes conservadores, a los que solo el tiempo ha permitido reaparecer en las páginas de nuestra historia literaria, ya sin el apasionamiento característico de la lucha de facciones, que muchas veces dificultó la comprensión de sus actos y decisiones. Proveniente de una familia católica y conservadora, Hidalgo y Esnaurrizar tuvo que afrontar muy joven el exilio de su padre, el militar andaluz Francisco Manuel Hidalgo, quien había tomado juramento a Agustín de Iturbide en la proclamación del Plan de Iguala. En 1847, se enlistó en el Batallón de Bravos y participó en la defensa de la capital durante la Intervención Norteamericana, acción que le fue recompensada con el nombramiento de secretario de la Legación Mexicana en Londres, punto de inicio en su carrera diplomática. Más tarde, desempeñó labores en las legaciones de México en Roma, París y Madrid, donde conoció a distintos miembros de las élites gobernantes europeas.

Mientras duró el imperio de Maximiliano, Hidalgo y Esnaurrizar gozó de una posición social y política privilegiada; sin embargo, tras la victoria de la República, su situación cambió de forma considerable, pues prácticamente se autoexilió en Francia. A finales de la década de 1880, inició su etapa como literato y periodista, con la publicación de algunas novelas y crónicas de la vida política y social francesa que enviaba al periódico católico mexicano *El Tiempo*. Fue en esos años, precisamente, cuando comenzó la revisión de su propia vida. Es así que, en 1887, publica sus *Recuerdos de juventud* en el folletín de *El Nacional*, en ese entonces a cargo, todavía, del escritor y diplomático Gonzalo A. Esteva.

Es posible que cierto malicioso interés pueda conducir al lector a buscar en las memorias de Esnaurrizar el episodio de su participación en la comisión imperialista,

sin embargo, el autor declara, en la dedicatoria, que en su escrito prescinde de la parte que había desempeñado en la política, optando por referir, a modo de “conversación inocente”, cosas de la vida política y social de los países en los que había vivido. Con calculada humildad, prefiere que sus memorias sean tachadas de insípidas a dar pábulo a los chismes mediante “revelaciones sabrosas y picantes” que fueran en detrimento de la fama de vivos y muertos. Así, con una prosa amena, el autor construye una narración sin demasiadas pretensiones; por el contrario, discurre con emotividad, sensibilidad y buen humor por sus años juveniles y de aprendizaje en la carrera diplomática. En todo momento se muestra como un aprendiz, tal vez indigno de los honores que le dispensaron las distintas personalidades a las que conoció, pero dichoso en su inesperada fortuna.

Desde el inicio de sus notas autobiográficas, José Manuel Hidalgo alude a las armas y a la devoción religiosa como dos elementos de herencia parental fundamentales en la construcción de su propio carácter. Y si bien estas directrices no lo llevaron por el camino de la milicia ni por el de la religión, sí lo constituyeron como un cristiano probo que halló su vocación en la diplomacia. Para los ojos acostumbrados a la lectura de los abundantes testimonios, proclamas y discursos liberales en contra de la Iglesia católica, tan propios de la época, encontrarse con páginas de admiración entusiasta hacia la figura pontifical podría resultar exagerado. No obstante, Hidalgo y Esnaurrizar logra atraer la benevolencia de sus lectores mediante la relación de sucesos políticos, anécdotas cómicas y alguno que otro arrebató sentimental. Sobresalen las descripciones de algunas costumbres italianas, escenas de bailes, comidas y paseos a los que él asistía, así como la mención de las relaciones que estableció con diversos escritores y diplomáticos de distintas nacionalidades. De entre sus recuerdos, destaca, sin duda, el episodio en torno al exilio del papa Pío IX a Gaeta en 1848, el cual el autor convierte en un *leitmotiv* de su narración al volver a él constantemente, ya con un sentimiento de alegría, ya con un dejo de añoranza.

La aparición de estas memorias se ubica en una etapa revisionista del breve periodo monárquico; en concreto, del episodio que, según la historiografía oficial, había precipitado la derrota del Imperio, a saber: la supuesta traición del coronel Miguel López, acusado de entregar la plaza de Querétaro y contribuir con ello a la captura de Maximiliano de Habsburgo. Como bien observa Viveros Anaya en su estudio preliminar, en 1887 parecía existir la suficiente distancia temporal para analizar el suceso con cierta objetividad. Asimismo, se aproximaba el fin del segundo periodo del gobierno de Porfirio Díaz, lo que también planteó la necesidad de examinar el cauce que había tomado el triunfo republicano.

En este punto, Viveros Anaya entreteje finamente el contexto político con la función de la prensa y su repercusión en el campo literario, pues considera que hubo un tratamiento novedoso del episodio en cuestión, a partir del empleo de distintos

tipos de materiales autobiográficos, como cartas, testimonios, memorias, etcétera, en la construcción argumental de los participantes del debate, que incluyó a militares, escritores y periodistas. Todo ello fue campo fértil para la aparición de un texto como el de Hidalgo y Esnaurrizar, pues, en ese tiempo, en México no era común la publicación de memorias autobiográficas, menos aún con el aparato publicitario que la rodeó, según advierte la investigadora.

Con la edición y el estudio de las memorias de Hidalgo y Esnaurrizar, la autora avanza en el desarrollo de una sólida línea de investigación al retomar algunos de los planteamientos que ya había trazado en *El surgimiento del espacio autobiográfico en México* (2015), donde sugiere, como una tarea fundamental, la identificación de las “primicias autobiográficas” de nuestra producción literaria, para seguir de cerca tanto el proceso de conformación del género como el de un público lector, amén de conocer los marcos discursivos desde los cuales germinaron (96). En este sentido, Viveros opta por historiar el desarrollo del género en México mediante la ubicación de distintos materiales que se mueven entre las memorias de vida, el relato de viaje y la autobiografía propiamente dicha, hasta llegar a obras como *Impresiones y recuerdos* (1893) de Federico Gamboa, una de las primeras autobiografías modernas mexicanas en la que el “yo” se plasma con un afán artístico y autofigurativo y cuyo texto se reconoce ya como un discurso literario plenamente autobiográfico (98). En esas páginas, Viveros Anaya adelantaba la relevancia de la obra de Hidalgo y Esnaurrizar en la emergencia de la escritura autobiográfica en México, en la etapa de conformación de un espacio que permitiera comprender y producir esta clase de literatura. Ahora, con la presente edición, da un paso más al ofrecer un material que permite constatar las diversas formas de autorepresentación empleadas por escritores mexicanos decimonónicos fuera del canon.

Sobre la edición en sí, es importante señalar que el texto crítico se basa en un ejemplar empastado de la versión publicada en 1887 en el folletín de *El Nacional*. Al tratarse de un *codex unicus*, con gran cantidad de erratas e imprecisiones, la editora aclara que se enmendaron, sobre todo, nombres de personas y lugares, así como vocabulario y expresiones en idiomas extranjeros, para lo cual contó con el apoyo de David Berea, Xrysw Marroquín y Monserrat Montes de Oca, becarios del proyecto “Rescate de obras de escritores mexicanos del siglo XIX”, a cargo de la doctora Belem Clark de Lara, y que forma parte del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM.

Asimismo, cabe mencionar que se siguieron algunos criterios establecidos en el proyecto “Obras de José Tomás de Cuéllar” del Instituto de Investigaciones Filológicas, como la modernización de la acentuación de las palabras y del uso de mayúsculas y minúsculas; la actualización de puntuación, como el manejo de comas, dos puntos,

puntos suspensivos, signos de admiración e interrogación, así como la utilización de comillas en apodos y alias, y el de cursivas para títulos de libros y periódicos. Además, se desataron abreviaturas y se conservaron las cursivas adoptadas por el autor en los mexicanismos, extranjerismos y en palabras que aún no habían sido fijadas por la Academia en el momento de la primera aparición de la obra. El trabajo da cuenta de un cotejo cuidadoso y una revisión detallada del texto. Las notas de la edición, concisas, resultan iluminadoras al brindar información de numerosos personajes europeos, así como de obras, construcciones y lugares, que sirven de guía al lector del otro lado del Atlántico y que se complementan con los respectivos índices de personas, obras, países y ciudades, edificios, plazas y monumentos. Por último, puede decirse que el trabajo de Luz América Viveros Anaya, además de insertarse en la tradición crítica en torno al estudio de la literatura autobiográfica en nuestro país, combina, con sensibilidad y conocimiento, la práctica filológica y la reflexión teórica e historiográfica, amén de proporcionarnos nuevo material para la lectura y la discusión.

Dulce María Adame González
El Colegio de México, México
dmadame@colmex.mx
dulceadame@gmail.com

